
Efesios

La armadura de Dios (6.13–18)

El diablo está constantemente buscando la oportunidad para atraparnos con la guardia baja. Satanás es implacable. En la lección anterior, vimos cómo él sostiene una guerra en contra de nosotros. Él no se va a rendir en su búsqueda de la manera de destruir tantas vidas como pueda. Comprenda que el diablo es el peor enemigo de su familia. Prepárese para su ataque. Este ataque vendrá, y continuará viniendo por el tiempo que usted viva.

Esto explica la urgencia de las instrucciones finales de Pablo para los Efesios:

Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos;... (6.13–18).

¿Se encuentra usted de vez en cuando siendo objeto de ataque espiritual? Puede ser que se sienta desanimado o deprimido, o que una gran tentación persista. Puede ser que se esté preguntando acerca de su hijo o hija adolescente: ¿Estarán los amigos de él tratando de hacerlo probar las drogas? ¿Estarán las amigas de ella, tratando de convencerla de que sea sexualmente activa? ¿Y qué de la congregación local? ¿Ocurren desacuerdos simplemente porque los seres humanos tienen diferencias

de opinión, o será que el diablo está tratando de romper la comunión? Si parece que su vida no es otra cosa más que un caos, como si usted y los que están a su alrededor estuvieran yendo cuesta abajo, como si su mundo se estuviera despedazando, entonces puede ser que usted está siendo objeto de ataque espiritual. Las palabras de Pablo contienen buenas nuevas para usted. Usted puede contestar el ataque. Usted puede hacer algo acerca de ello. ¡Usted puede ganar!

Los cristianos vencen los ataques del diablo cuando confían en Dios y en las armas que él da.

ARMAS PARA LA PELEA

La pelea espiritual requiere armas espirituales. Las armas de fuego, los sistemas de seguridad, y las lecciones de karate no le darán protección a su familia, cuando ésta es objeto de ataque espiritual. El ataque espiritual tiene que ver con otro ámbito, está fuera de este mundo material, visible, en el que vivimos. Fueron dos veces en Efesios, que Pablo mencionó nuestra lucha espiritual en contra de fuerzas espirituales invisibles. En el capítulo 2, Pablo les recordó a sus lectores de sus antiguas vidas fuera de Cristo: "... cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia" (2.1–2). ¿Qué quiso dar a entender Pablo? Sus lectores estuvieron una vez en el bando perdedor de la batalla con el diablo.

Los que estamos en Cristo, nos hemos pasado al lado de la victoria. ¿Significa esto que la batalla ha terminado? No, el diablo todavía anda alrededor.

Si yo elijo no preocuparme por él, me conquistará. No obstante, si escucho la palabra de Dios, puedo tomar de la fortaleza de Dios y usar su armadura para derrotar al diablo.

¿Qué incluye la armadura? Pablo mencionó seis elementos.

En primer lugar está el cinturón de la verdad. “Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad” (6.14a). Esto es lo que la NVI dice: “... ceñidos con el cinturón de la verdad”. Una de las partes del armamento de un soldado, en los tiempos de Pablo, era su cinturón. Éste servía para dos propósitos: 1) sostener sus vestiduras para que sus movimientos no les fueran impedidos, cuando marchaba o peleaba, y 2) para sujetar la espada en su lugar. Cuando un soldado se ceñía su cinturón, ello significaba que estaba listo para pelear. Le daba confianza para poder llevar a cabo la tarea.

Cuando nos enfrentamos al diablo, lo podemos hacer con confianza —confianza vinculada a la verdad. La verdad se refiere, tanto a la doctrina como a la integridad. No solamente debemos creer en la verdad de Dios, sino que debemos también buscar la forma de vivir cada día en ella. No solamente debemos proclamar la verdad de Dios, sino que también nuestras vidas deben exhibirla. Esta combinación de verdad doctrinal y de sinceridad para vivir en ella es lo que le da confianza al cristiano y lo prepara para pelear en contra del diablo. No es suficiente conocer la verdad. Debemos ser sinceros en nuestros esfuerzos por vivir en ella.

En segundo lugar está la coraza de justicia. Hemos de estar firmes, “vestidos con la coraza de justicia” (6.14b). La coraza de un soldado era una pieza de metal que le cubría y le protegía la parte frontal de su cuerpo. Pablo dijo que Dios nos ha dado la protección de la justicia. La justicia se refiere a la condición en que nos encontramos delante de Dios. Aunque hayamos pecado y merezcamos el castigo eterno, Dios ha declarado justos en Cristo a los cristianos. Esto es lo que leemos: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5.21).

Podemos también elegir el vivir justamente. Podemos elegir el vivir de tal manera que se glorifique a Dios. Esa elección, hecha cada día, durante todo el día, nos ayudará a sortear cualquier cosa que el diablo nos arroje en el camino.

En tercer lugar está el calzado espiritual. Podemos estar firmes cuando tenemos “calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz” (6.15). Los soldados romanos calzaban una media bota con abertura para los dedos del pie. En la suela tenían

clavos. Éstos servían para el mismo propósito para el cual sirven los zapatos que usan los futbolistas hoy día. Le daban tracción a los soldados y les impedían resbalar mientras peleaban. Gran parte de la pelea que hacían era cuerpo a cuerpo, mano a mano, de manera que estas botas le daban a los romanos una clara ventaja.

Los cristianos tienen la paz de Dios, con el fin de impedir que caigan cuando están en la lucha. En primer lugar, es paz *con Dios*: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5.1). También tenemos la paz *de Dios*. Es la paz que sobrepasa todo entendimiento. Ella “guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4.7). Es un sentido de bienestar el que sobreviene de un andar cercano con Dios, y el diablo odia eso. Él prefiere mantenernos trastornados —preocupados por las cuentas que hay que pagar y las obligaciones que hay que cumplir, deprimidos por las enfermedades, estresados por la presión por desempeñarnos bien, y agotados emocionalmente. El diablo quiere robarnos la paz. Lo desalienta el ver que los cristianos sepan cómo tomar de la paz de Dios, cuando son enfrentados con dificultades.

En cuarto lugar está el escudo de la fe. “Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno” (6.16). El escudo de un soldado romano era enorme. Era casi tan alto y tan ancho como el soldado mismo. Le cubría completamente y le daba protección, especialmente en contra de las flechas de fuego. Esto es lo que nuestra fe hace para nosotros. La fe se apropia de las promesas de Dios y las usa para sostenernos en contra de las flechas del diablo —el temor, la depresión, el rechazo, las críticas y todo lo demás que se nos arroja.

Recientemente, un grupo de cristianos leímos juntos algunas de las promesas de Dios. Cada uno de nosotros escogió una promesa de la cual tenía necesidad de apropiarse por lo que estaba experimentando en su vida. Fue de gran aliento saber que las promesas de Dios son para cada aspecto de nuestras vidas. Ellas nos levantan, nos mantienen en marcha y nos protegen del maligno.

El quinto elemento de la armadura es el yelmo de la salvación. “Y tomad el yelmo de la salvación” (6.17a). El yelmo protege la cabeza del soldado de los golpes mortales. La salvación nuestra que proviene de Dios es la forma como Dios nos dice: “Si te mantienes andando por fe, el diablo jamás podrá darte un golpe mortal. Él no puede quitarte la salvación”. Usted puede volverle la espalda a la

salvación, pero el diablo no se la puede quitar. Dios le da a usted el yelmo de la salvación. Como cristiano que usted es, puede tener toda la confianza de que tiene la vida eterna en Cristo.

En sexto lugar está la espada del Espíritu. Las armas que Dios da también incluyen “la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios” (6.17b). De los seis componentes de la armadura, la espada es el único que se puede usar tanto para la defensa como para el ataque. La palabra de Dios es así. Ella tiene capacidades defensivas y ofensivas. En lo defensivo, usamos la palabra de Dios para resistir la tentación, tal como Jesús lo hizo cuando citó las Escrituras durante su propio encuentro con Satanás en el desierto (Mateo 4.1–11). En lo ofensivo, usamos la palabra en el evangelismo. El evangelio es el poder de Dios para salvación (Romanos 1.16). Usamos su palabra para sacar a las personas del reino de las tinieblas y trasladarlas al reino de Dios. La palabra nos ayuda a pelear en contra del diablo.

Estos seis componentes se combinan para formar la armadura de Dios completa. Dios los suple, pero somos nosotros los que debemos vestirnos de ellos. ¿Está usted vistiéndose de toda esta armadura?

¿Enfrenta usted al diablo con la confianza que proviene de un andar con Dios sincero, en el que no se esconde nada? ¿Pelea usted en contra de Satanás con un compromiso diario de tomar las opciones de la vida que Dios quiere que usted tome? ¿Resiste usted los ataques del diablo sobre sus emociones con la quieta paz que Dios ofrece? ¿Pone usted su confianza en las promesas de Dios para protegerse de cualquier cosa que el diablo le arroja? ¿Tiene usted confianza en la salvación? ¿Pasa usted un tiempo diario en el estudio de la palabra de Dios, de manera que usted pueda usarla en su vida? ¿Está usted vestido de toda la armadura de Dios? Dios nos da las armas para la lucha.

ORACIÓN PARA LA PELEA

Pablo mencionó otro recurso vital que Dios le da a su pueblo: “orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos” (6.18). Pablo dijo que Dios nos da la oración para la pelea. ¿Por qué? Porque el vestirse de la armadura de Dios requiere de la oración. Ésta expresa nuestra dependencia de Dios. El no orar dice: “No necesito de Dios. Me las puedo entender sin él. Puedo hacerlo por mí mismo”. Esa actitud garantiza la derrota espiritual. Ninguno de nosotros puede ganar la pelea en contra del diablo por sí

mismo. La oración nos mantiene enfocados en Dios.

Note los “todos” de la instrucción de Pablo respecto de la oración en 6.18. Sus palabras nos llevan a prestar atención a todo lo que la oración abarca en nuestras vidas como cristianos, con cuatro usos de la palabra “todos” o “toda”.

1) *Hemos de orar en todo tiempo.* Para batallar en contra del diablo y salir de pie, debemos hacer de la oración una disciplina diaria.

2) *Hemos de orar toda clase de oraciones y súplicas.* Necesitamos tener variedad en nuestra comunicación con Dios, según lo que esté sucediendo en nuestras vidas. La situación podría requerir que hagamos confesión, acción de gracias, intercesión, adoración, alabanza, cántico o algún otro tipo de oración.

3) *Hemos de orar velando siempre.* Cuando Jesús oraba en Getsemaní, los discípulos dormían. Ésa es la tendencia de la gente. Dormimos o perdemos el sentido de urgencia en los momentos, cuando deberíamos estar orando.

4) *Hemos de orar por todos los cristianos.* Dios quiere que veamos que necesitamos trabajar juntos en nuestra pelea en contra del diablo. Una familia de Dios unida, en la que se ora unos por otros, puede sostenerse con fuerza frente a los ataques de Satanás.

Con el paso de los años, he tratado de disciplinarme a mí mismo para orar como debería. Otros cristianos han compartido conmigo el fracaso en sus intentos por orar. ¿Por qué nos quedamos cortos cuando de orar se trata? Supongo que podíamos pensar en varias razones, pero echémosle una mirada a lo que John Piper mencionó en su libro *Teniendo deseo de Dios*.

A menos que esté enormemente errado, una de las principales razones por las que muchos de los hijos de Dios no tienen una vida de oración significativa, no es tanto que no la queramos, sino que no planeamos tenerla. Si usted quiere tomarse unas vacaciones de cuatro semanas, usted no se levanta una mañana de verano y dice: “¿Qué les parece si salimos hoy?”. Usted no tiene nada listo. No sabría adónde ir. Nada ha sido planeado.

Pero así es como muchos de nosotros tratamos la oración. Nos levantamos día tras día y nos damos cuenta de que ciertos tiempos importantes de oración deberían ser parte de nuestra vida, pero nada hay listo. No sabemos adónde ir. Nada ha sido planeado. No hay tiempo. No hay lugar. No hay procedimiento. Y todos sabemos que lo opuesto a planear no es un maravilloso flujo de profundas y espon-

táneas experiencias de oración. Lo opuesto a planear es la rutina. Si usted no planea unas vacaciones ¡lo más probable es que se quede en casa a mirar la televisión! El flujo natural no planeado de la vida espiritual decae hasta el más bajo nivel de vitalidad. No hay carrera que correr ni pelea que pelear. Si usted quiere que haya renovación en su vida de oración usted debe hacer planes para verla.

Por lo tanto, mi sencilla exhortación es ésta: Tomémonos el tiempo el día de hoy para repensar nuestras prioridades y ver cómo la oración encaja en ellas. Haga una nueva resolución. Pruebe una nueva aventura con Dios. Haga el tiempo. Escoja un lugar. Escoja una porción de las Escrituras para guiarlo a usted. No sea víctima de la tiranía de los días ocupados. Todos necesitamos correcciones de rumbo a mitad del viaje. Haga que éste sea el día de volverse a la oración —para la gloria de Dios y para colmarse usted de gozo.¹

¹ John Piper, *Desiring God (Tener deseo de Dios)* (Portland, Oreg.: Multnomah, 1986), 150–151, citado por R. Kent Hughes, *Ephesians: The Mystery of the Body of Christ* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 1990), 257–258.

CONCLUSIÓN

¿Qué acciones emprenderá usted para pelear en contra del diablo? ¿Qué hará usted para defender a su familia, cuando sea objeto de ataque espiritual? ¿Cómo puede usted ayudar a los iguales cristianos a ganar esta “pelea hasta el final” en contra de los poderes de las tinieblas?

Sus respuestas se pueden encontrar en las palabras del apóstol:

Esté preparado. Usted está enfrentado a algo más grande que lo que usted puede manejar por sí solo. Tome toda la ayuda que pueda obtener, tome cada arma que Dios ha dado, para que cuando todo termine y sólo falte el grito de victoria final, usted todavía esté de pie. La verdad, la justicia, la paz, la fe y la salvación son más que palabras. Aprenda a aplicarlas. Usted las necesitará durante toda su vida. La palabra de Dios es un arma *indispensable*. De la misma manera, la oración es esencial en esta batalla actual. Ore intensa y prolongadamente. Ore por sus hermanos y hermanas. Tenga los ojos abiertos. Dense aliento el uno al otro para que ninguno se quede atrás ni se salga de la contienda (6.13–18; TM). ■

©Copyright 1998, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados